

La Madre y el Niño

Hay una época en la vida de la mujer, que pasa por regla general, en la adquisición de difíciles inutilidades, período de transición entre la infancia y la pubertad, durante el cual descuidan muy mucho esos generosos impulsos, que tanto avaloran el corazón femenino.

¿Por qué razón no habrían de aprovecharse esos días serenos, esos instantes preciosísimos, para inspirar á la futura madre amor al niño.

Es preciso convenir, en que el prurito de hacer señoritas simpáticas muta para siempre en germen á muchas buenas madres. Son escasísimas las jóvenes que se acercan al tálamo, con una noción siquiera aproximada del sagrado papel que han de representar muy en breve en sociedad. Vagas sensaciones de goces inverosímiles, sed de libertad indeterminada, imperiosas necesidades en la vida material, ambiciosas aspiraciones en la social, el deseo de agradar mezclado al ansia del placer, la pesadilla de conseguir eterno dominio sobre todos, unido al embriagador ensueño de poseer un amor inacabable, constituyen el fondo de ilusiones que casi siempre lleva como dote psicológico, más de una joven en nuestra época.

Educar la mujer, es decir, ponerla en disposición de que cumpla con exactitud todos sus deberes, primero como hija obediente y sumisa, como dulce compañera del hombre después, á quien debe amor y respeto; y, por último, como modelo de virtudes, encargada de formar el corazón de sus hijos, es la obra más grandiosa, más sublime y de más fecundos resultados, que debe proponerse toda la que al someterse al sagrado yugo del matrimonio, aspira á poseer el elevado título de "madre de familia," superior, con mucho, á todos los blasones, jerarquías y dignidades humanas.

Ya lo dijo elocuentemente en 1537 el Obispo de México,

Fr. Juan de Zamárraga, cuando escribió al Rey de España, Felipe II, lo siguiente: "para la mejor formación de los matrimonios de los indios, fuerza será que aconseje la ciencia á las madres la educación de sus hijas, en un sentido verdaderamente "maternal, si queremos que los preceptos que la misma ciencia proporciona, produzca sazonados frutos."

Por todo esto que demasiado comprenderán nuestras lectoras, vamos á dedicar esta página á los niños, mezclando lo útil á lo ameno; el precepto que pueda iluminar á las madres en algo, y el recreo que sirva de distracción al pequeñuelo. No se trata de consejos higiénicos prácticos del cuidado del niño, esto es ajeno al ALBUM DE DAMAS, sino de reflejar en estas páginas conceptos generales que sirvan para formarse cabal idea de lo que somos en esa delicada edad, y puedan aprovecharse para educación en general.

¿Qué concepto se puede formar del juicio del niño? Por indudable lo tenemos. Ese albor de la personalidad consciente respecto de las impresiones ó recuerdos, se presentan bien claros. Sus juicios son siempre concretos y la variedad infinita de éstos se explica, por las distintas predisposiciones individuales de la inteligencia.

La mayor parte de las operaciones intelectuales son inconscientes; pero la facilidad con que el niño modifica sus actos mecánicos, indica la entrada triunfal de la conciencia en el dominio de lo inconsciente.

El niño da pruebas diariamente de una lógica en el razonamiento, que á veces asombra... ¡Qué gran cosa que una educación nociva atrole acaso para siempre, en sus principios, una razón tan sólida como ingeniosa!...

El lenguaje infantil refleja según la mayor ó menor rapidez de los adelantos, y en las infinitas variedades de la



Niños José Bandera y Olavarría y Matilde Lillo. (Fot. E. Espino Barros.)